

LA PROVINCIA

ANCUD, 21 DE ENERO DE 1926.

N.º 16

Homenaje de «La Provincia» a la INDEPENDENCIA DE CHILOÉ

1826 -- 22 de Enero -- 1926

LA PROVINCIA

Ancud, 21 de Enero de 1926

daspor tre

Independencia de Chiloé

Las campañas de la independencia de Chiloé, retardadas más de lo justo, tuvieron en esta fecha un remate feliz y memorable.

Producida la derrota de Bellavista con grande contentamiento de los patriotas, entregado el castillo de Agüi a la intimidación que se le hizo, aceptado el armisticio por el término de cuatro días, aprobada y ratificada la capitulación por Freire y Quintanilla, restaba sólo proclamar solemnemente la independencia del archipiélago, ceremonia que se verificó el 22 de Enero de 1826 en esta ciudad de San Carlos de Ancud.

El historiador realista Torrente, comentando con amargura estos sucesos, dice: «Así sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fué sostenida la autoridad real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses y once días después de la batalla de Ayacucho, y hasta el mismo día próximamente en que capitularon las fortalezas del Callao.»

Con la pérdida de Chiloé, la Es-

paña guerrera de aquellos tiempos heroicos, la de las grandes expediciones y conquistas, sintió desfallecer sus fuerzas. Sus militares, sus marinos, sus políticos, sus historiadores lamentaron el golpe e hicieron notar sus consecuencias. Fue el momento en que la llave del Pacífico pasaba a otras manos, que aquel reducto estratégico en que flameó por más de tres siglos el insigne pabellón ibero se independizaba para incorporarse al territorio chileno.

Sólo desde entonces, puede decirse, sin faltar a la verdad histórica, que la independencia de Chile y aun de la América fué un hecho incontrovertible. El archipiélago de Chiloé constituía, por su posición estratégica y geográfica, una base formidable de operaciones para el ejército y marina peninsulares. Arrebatado ese grupo de islas después de muchos y dolorosos esfuerzos, sometidos de hecho a la autoridad suprema de la república, nada era de temerse. Toda sorpresa exterior, toda amenaza de nuevas expediciones estaban descartadas de antemano sin la llave del Pacífico, sin los canales y ensenadas que abundan en esta provincia, sin sus mil escondrijos y recovecos capaces de ocultar todas las escuadras del mundo.

Por eso Chiloé, dando a la fecha que celebramos en estos instantes la importancia que en realidad tiene, procuró que el centenario de Bellavista revistiera toda la solem-

nidad posible.

Espíritus previsores y patriotas, con notable sentido de la realidad, esforzándose por mantener despierto el interés público, ya escribiendo en la prensa sobre la materia, ya interesando a los poderes del estado con medidas oportunas.

Con eso y todo, si las dificultades de la hora presente han impedido que se efectúen conmemoraciones que estén más en armonía con nuestras necesidades regionales, quede a lo menos demostrado que no fué por falta de acuerdo.

Felices los pueblos que aman su pasado, cultivan sus virtudes, respetan la memoria de sus héroes, conmemoran fechas, levantan estatuas, disciplinan el espíritu de sus hijos con acciones y ejemplos que edifican y ennoblecen.

«La Provincia» hace votos muy sinceros para que el centenario de Chiloé nos deje lecciones que puedan aprovecharse en beneficio de la isla, tan dejada de la mano. Acordémonos en este día de esa gran nación, Madre, inmortal de tantos hijos, que nos dió su fe y su idioma, su sangre y su cultura.

Para Chile y para España nuestra eterna gratitud.

Fecha gloriosa

Celebra hoy nuestra Patria uno de los acontecimientos más notables de su vida nacional.



Alturas de Bellavista, según König en 1845.

estrecha del canal. Ahí, aparte de no haber lugares accesibles y apropiados para el trasbordo, las aguas son más arrebatadas y los escarceos bruscos y bulliciosos».

Concuerdan todos los autores, por lo demás, que han tratado la materia, en que los indios del lugar, lo mismo que en tiempo de la expedición de don García, recibieron a los extranjeros con marcadas muestras de benevolencia y aun prestaron desinteresada ayuda ofreciéndoles sus DALCAS, embarcaciones primitivas formadas por tres tablones y que hoy, un tanto reformadas, conocemos con el nombre de canoas o BONGOS.

Si bien el número de caballos que pasaron a nado, aferrados a las pequeñas y débiles navicillas alcanza, según unos hasta trescientos y según otros no sube de quince, no por eso es menos sorprendente que la operación demorara sólo cuatro días de ruda labor.

Libres ya los españoles de un paso peligroso y en vista de que la nueva selva, espesa y llena de tremadales, no les ofrecía camino por el centro, tomaron la costa y, ayudados por las mareas, pudieron caminar sin grandes dificultades a través de las playas arenosas y sembradas de mariscos.

Alrededor de diez días duró la pesada marcha, al cabo de los cuales arribaron los audaces exploradores a la cabeza de treinta ginetes, a la margen noroeste de un pintoresco y tranquilo estuario, que recibe las aguas de un río poco caudaloso, el Gamboa.

Recorrido y examinado cuidadosamente el pasaje, así del lado de mar como de tierra, conocida su configuración, sus condiciones estratégicas, sus medios de defensa en caso de ataque exterior, echaron por fin las bases de la ciudad de San Antonio de Castro en Febrero de 1567 sobre una meseta aireada y pintoresca, bastante estensa y muy plana, después de haber plantado el legendario rollo como signo de dominio, según las prácticas invariables de aquella época lejana. Dióse a la provincia el nombre de Nueva Galicia, en honor del gobernador de Chile, que era gallego y a la ciudad el de San Antonio de Castro, en recuerdo del licenciado Ló-

pez García de Castro que por esos días gobernaba accidentalmente el virreinato del Perú. Designóse al mismo tiempo gobernador de la nueva ciudad al maestre de campo don Alonso Benítez.

P. B. D.

ECOS DE LA FIESTA DEL DOMINGO 10

Discurso del señor Betelcier:

«Digno del mayor encomio es el feliz acierto que ha tenido el Consejo de Monumentos Nacionales para elegir a la provincia de Chiloé como el principio de sus nobles y generosas iniciativas.

En esta tierra, tan ricamente ataviada por la Naturaleza y tan abandonada por los hombres, todo constituye un monumento, a la vez que una reliquia sagrada para sus hijos: monumento y reliquia formados por la belleza de sus islas, la floración de sus bosques, la claridad de su cielo y la pureza de su mar.

Por esto, hace bien el Consejo de Monumentos Nacionales al dispensar a Chiloé su desinteresado patrocinio. Y no podía ser más oportuna la fecha que para ello se ha escogido, fecha memorable y gloriosa en que el Archipiélago austral se viste de galas para celebrar el centenario de su emancipación de extraño tutelaje y su incorporación definitiva al territorio de la República.

Este acontecimiento se ha querido sintetizar, ha dicho el señor Delegado, en la pirámide cuya elevación se inicia; y yo me permito agregar que, así como ella recuerda a todos los hijos de esta tierra comunes hechos, abre también para todos una era de fraternales esperanzas. Olvidemos, pues, desde hoy, todo lo que a veces nos divide; engrandezcamos nuestras almas para que puedan contener la imagen entera de la Patria; ensanchemos nuestros corazones para hacer a las grandes legiones fraternales de nuestros conciudadanos y unámonos todos en un mismo y común deseo para hacernos dignos depositarios

de la herencia moral que nos legaron los que, después de cuantos sacrificios, obtuvieron la liberación de esta provincia.

La ceremonia que hoy celebramos sería vana y desprovista de sentido, si no supiésemos comprender la gran lección de moral cívica que encierra y retener, como vivificante enseñanza. Por donde quiera que haya hombres que sufren injustamente, hay actos heroicos que realizar; la ignorancia, la superstición, el egoísmo, la opresión de algunos ciudadanos, la inmerecida miseria de otros, todos los privilegios, los abusos, son otras tantas fortalezas que hay que asaltar y vencer, no como nuestros antepasados con el fusil en la mano, sino con el arma soberana que es nuestro honor y salvaguardia, la defensa de la justicia y del derecho.

Como un homenaje a estos ideales y en representación del Comité de Monumentos Históricos de Ancud, que tengo el honor de presidir, acepto gustoso la invitación que se me hace para que proceda a colocar en la base de la pirámide el acta suscrita por todos los concurrentes, y, al hacerlo, séame permitido formular ardientes votos porque este documento signifique el símbolo de la concordia y la unión de las almas y las voluntades que, en lo futuro, han de encauzar los destinos de Chiloé por la senda de prosperidad y grandeza a que le dan derecho sus campos y riquezas inagotables.»

De mi novela «Antonio»

IV

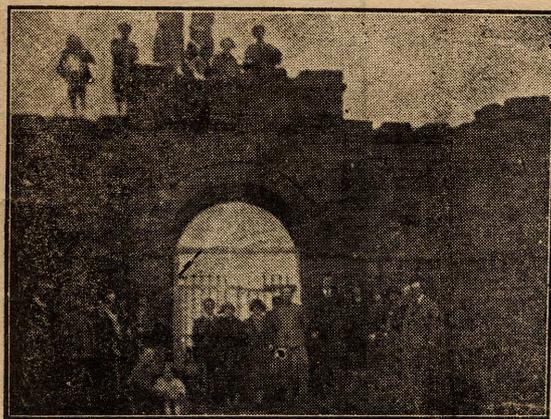
Mocopulli! repitieron a una voz sus compañeros, al llegar al borde de la pendiente en que se domina de un golpe de vista el cordón de cerros que cierra por el sur, en forma de herradura, el hermoso valle en que tuvo lugar la batalla de este nombre. Muchas veces había oído ha-

blar con orgullo de ese heroico hecho de armas que tanto renombre dió al soldado chilote. Nunca pudo olvidar lo que el maestro le enseñó en las clases de historia nacional. Fué para él un momento de grato recuerdo al conocer, por el cróquis trazado en el pizarrón, las posiciones en que los dos bandos contendientes midieron sus fuerzas.

A medida que los tres caminantes descendían al valle y manifestábase más clara a la vista la línea continuada de colinas cubiertas de vegetación, Antonio salía poco a poco de su mutismo, interrogando a sus compañeros, ya sobre alguna duda acerca del encuentro, ya sobre la fecha en que él acaeció, o bien sobre el número de combatientes que por cada lado se presentaron a disputarse la victoria. Sentíase orgulloso al pensar que más de alguno de su sangre pagó ahí con la vida el cariño a su rey. En el fondo era un realista convencido, como lo era su padre, como lo fueran sus abuelos y aun casi todos los isleños caracterizados del interior de la provincia. Parecíale en aquel momento una desgracia irreparable el triunfo de los patriotas. ¡Qué honor reconocerse vasallo de un monarca tan poderoso como aquel que mandaba a América virreyes y gobernadores, generales y capitanes, ejércitos y navíos de guerra, repartían tierras, establecía encomiendas, concedía mercedes a sus parciales, títulos a sus honrados y buenos servidores!

La conversación se hacía cada vez más sostenida. Los tres amigos marchaban juntos, deteniéndose a cada paso para señalar en el propio terreno el desarrollo de la batalla. Cada cual repetía a su manera lo que al respecto oyó contar desde niño. Algo había de verdad en todo esto, en efecto. Lo demás eran adornos, simples agregados con que la tradición popular o la fantasía patriótica ha ido hermoheando los hechos de mayor relieve referentes a esa campaña desgraciada entre hermanos.

—Ahí fué donde se colocaron los patriotas, dijo Juan Aguilar de pronto, cargándose la manta a un costado, como para dejar los brazos libres en previsión de algún ataque imaginario. Descansaban tranquilamente bajo esos árboles «copudos» al son de una banda de músicos, cuando los realistas rompieron el fuego desde allá arriba. Contaba el finado Pan-



FUERTE DE AGUI

cho Vidal que se formó la confusión más espantosa en ese momento. Atontados, sin saber lo que pasaba, corrieron de allá para acá a tomar sus armas. ¡Bien bravos los chilenos, mira! Otros rodaban por el suelo con gritos que partían el alma; y hasta hubo quienes se escondieron detrás de los troncos para salvar el pellejo, o bien se tendían en el suelo haciéndose los muertos.

—Detrás de esas lagunitas, agregó Juan Aguilar dicen que fué herido Tupper por un soldado del valiente Ballesteros que peleaba por el rey. Parapetado detrás de aquel «montecito» dirigía a los suyos el comandante BOCHALE, y se afirma que habría caído prisionero con todos sus MILES de soldados y armas si es que el bendito de Bontes, para hacerla mejor y aprovechar bien las municiones, que en realidad escaseaban, no grita: «se acabó la pólvora»!

En el archipiélago esto de «se acabó la pólvora» es corriente, es tradicional. Se aplica en diversos sentidos, ya en serio, ya en broma. En los días de elecciones reñidas, lo mismo que en los comicios en que hay que pronunciar discursos improvisados, en los banquetes en que no falta el brindis o la discusión entre amigos, alguien que pretende sentar plaza de listo, al saber que al bando contrario se le ha concluido la plata para seguir comprando

votos o se percató de que uno de los oradores carece de expedición, de soltura de palabra, calla por falta de razones o se bate en retirada, suele también valerse de ese dicho por vía de crítica o simple pitoreo. —«Se le acabó la pólvora!», dice.

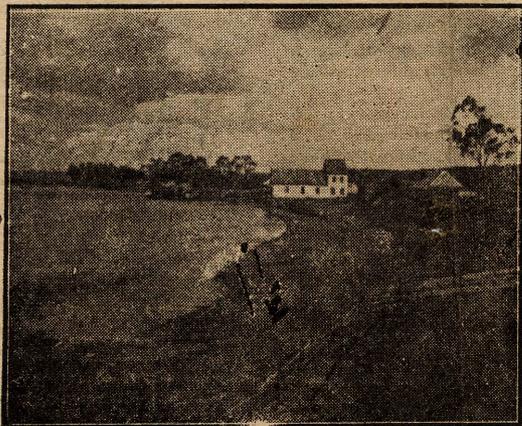
En realidad, oficiales y soldados que tuvieron parte aquel día en la refriega, contaban después a sus amigos y parientes que el verdadero culpable de que la suerte de la batalla quedara al fin por parte de los patriotas, debióse a la inocente truhanería de Bontes. Comisionado éste para llevar una orden verbal a su capitán, por la cual se le recomendaba no disparar a tontas y a locas, gritó, para que todos sus camaradas quedasen prevenidos, «¡se acabó la pólvora!» Con aviso tan inoportuno, trasmitido en forma tan desusada y sorpresiva, se produjo, acto continuo, el más profundo desaliento en las filas. No obstante las contraórdenes que se dieron, no fué posible conseguir la calma. Poco a poco vióse que retrocedían hasta ceder el terreno, produciéndose primero el pánico y en seguida, el desbande total e incontenible.

—Dicen que se ven muchas visiones en este lugar, exclamó Mañuco Ruiz.

—Y que por las noches penan los muertos, y que se oyen disparos de cañones, y gritos de socorro, lamentos de heridos, afirmó con la mayor seriedad Antonio.

—Yo les contaré algo que a ustedes les sorprenderá. Me parece que fuera ayer, interrumpió Juan Aguilar. Una vez que venía de Ancud con Jacinto Melián, se nos hizo tarde en la cuesta de «Pindapulli» y al llegar a este bajo la noche era tan oscura que nos vimos obligados a meternos detrás de esas matas para esperar que subiera la luna. Como hacía un poco de frío, encendimos fuego y nos quedamos conversando. No habrían trascurrido quince minutos cuando se oyen ruidos semejantes al galope de muchos caballos, que vienen del lado de «la Casa del Diez». Luego, cambiando de dirección, notamos al mismo tiempo que ya no son caballos los que galopan, sino carretas vacías que talvez vuelven de la villa por el camino real.

El tiempo estaba en calma, y estio nos permitió determinar la dirección del ruido, que iba creciendo. Ya no parecen ahora carretas arrastradas por bueyes que bajan al trote de la cuesta, sino piezas de



PUDETO